
SEPTIMA CONFERENCIA

LAS SIETE PALABRAS DE JESUS

SEÑORES:

Os ruego me permitais interrumpir hoy la série de nuestras conferencias, porque estamos reunidos para celebrar el aniversario de la muerte de Jesucristo.

Esta muerte es el hecho más notable en los anales de la humanidad, el más doloroso y el más conmovedor, el más consolador y el más grande. Ninguno puede comparársele.

En efecto, la muerte de Jesucristo y la cruz que de ella fué instrumento, dividen á la humanidad distintamente en dos fracciones: la primera que precede al suceso y la segunda que le sigue. Estas dos humanidades en nada se

parecen; están en contradicción absoluta y la cruz de Jesucristo es la que ha producido esa contradicción.

La muerte de Jesús y su dolor sin nombre, son el coronamiento divino de su vida. Todo lo que él nos ha enseñado y manifestado, todos los ejemplos de virtud que diéramos, todas las fatigas que ha sufrido, todos los tesoros de sabiduría, de amor, de fortaleza y de bondad, que ha desplegado, todo se concentra en esa última hora en que va á concluir.

Esa no es la muerte de un hombre, es la de un Dios. Que la contemplen los que deseen creer, y así como arrancó al Centurión romano aquel grito inmortal de una conciencia recta:—"Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios,"—arrancará también, después de transcurridos tantos siglos, á las almas sinceras, el mismo grito y la misma fe.

No puedo reprimir la emoción que experimento; os hablo como un discípulo habla de su maestro. Mil ochocientos noventa y dos años y siete días hace que en momento como este,—á la hora sesta como se decía en el lenguaje de la época,—sobre aquella pequeña colina desnuda, llamada el Calvario, Jesús estaba crucificado. Me parece estar viendo el lugar: veo los viejos muros de la Jerusalem de ese tiempo; veo el ángulo formado por la muralla que descendía de un torreón de defensa, llamado la torre Hipicos, y que iba en derechura á la puerta Djennat; veo la otra muralla que partía en ángulo recto de esta puerta y continuaba hacia el norte. Allí, á veinte pasos del muro—porque era costumbre ajusticiar á los sentenciados en las puertas de la ciudad,—allí, á veinte pasos, cerca del camino que conducía á Efraim, en Samaria; allí, en medio de los huertos de olivos donde los ricos israelitas contruían sus sepulcros; allí en plena muchedumbre, es donde Jesús

entre dos ladrones, bandidos ó malhechores, sí, allí, es donde Jesús ha sido crucificado.

Pues bien, Jesús crucificado ha dejado caer de su divina boca algunas palabras que fueron recogidas por testigos auriculares. Nosotros estamos aquí para meditarlas, y yo quisiera daros de ellas explicación, que será miserable al lado de la profundidad infinita que esas palabras contienen.

¡Oh hermanos míos,—y os llamo así, porque ante la cruz no hay sino hermanos,—Jesús, al morir, nos ha dado la gran ciencia de la vida en esas cuantas palabras; y la ciencia de la vida es la ciencia del dolor, la ciencia del consuelo, la del afecto, la del perdón, la de la perfección; en una palabra, es la ciencia de morir.

* * *

Hay una primera palabra, que comienza á deletrear esa ciencia divina, la más necesaria al hombre, porque podemos ignorarlo todo, hermanos míos, en este mundo, excepto una cosa: la ciencia de morir. Pues bien, la primera palabra que cae de los labios de Jesús, es una palabra de perdón. "Padre, ha dicho cuando fué elevado en la cruz, hablando de sus verdugos,—perdónalos; no saben lo que hacen."

Todos padecemos, más ó menos, por causa de los hombres, de su malevolencia, de su antipatía, de su violencia ó de su astucia, de su hostilidad oculta ó de sus descubiertas persecuciones. Aunque nacidos para amarse como hermanos, los hombres se destrozan mutuamente. Todo viviente tiene de ello la cruel experiencia. El dolor cansado por la

naturaleza inconsciente, el dolor inherente á nuestra constitución frágil, delicada en exceso, puede más fácilmente soportarse; nos resignamos forzosamente á la inexorable fatalidad; pero el dolor que viene de una causa inteligente y libre, de aquellos entre quienes vivimos, nuestros conciudadanos, nuestros amigos y nuestros hermanos, he ahí el dolor acerbo entre todos, el dolor terrible, sobre todo cuando recae sobre un inocente que tiene derecho de decir á sus enemigos: ¿Por qué me perseguís? Jesús no ha dirigido ni ese reproche á sus verdugos. Ha perdonado, sencilla y plenamente. Decid cómo él y con él: "¡Oh Padre, perdónalos; no saben lo que hacen!"

Esta palabra debía ser pronunciada por el Cristo. El había enseñado siempre el perdón; lo había recomendado como ley nueva; había dicho á sus discípulos: Se os perseguirá, bendecid; se os insultará, haced y decid el bien; amad á vuestros enemigos. Perdonad sin contar, no siete veces, sino setenta veces siete, es decir siempre.

Y bien, Maestro: he aquí la hora suprema: ¿qué vais á hacer sobre esa cruz en que habeis sido clavado por vuestros enemigos? Perdonareis. Yo no conozco nada más conmovedor. Después de este perdón una inmensa misericordia envuelve á la tierra: las víctimas han aprendido á no maldecir, á perdonar y á amar. ¡Perdonar! No solamente ha pedido Jesús el perdón; lo ha pedido al Padre para sus verdugos, y ha añadido: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen," dando así el secreto de la misericordia infinita.

Notadlo; cuando el hombre hace el mal, siempre se halla en el fondo su ignorancia, el ser humano no sabe; sin duda su voluntad tiene debilidades, obstinaciones, extravíos; pero un exámen atento demuestra que se deben generalmente á la ignorancia del espíritu. El hombre es cor-

to de inteligencia, no ve, no comprende; por eso se extravía: los verdugos de Jesús no lo hubieran, ciertamente, crucificado si hubiesen sabido lo que era. Su ignorancia los escusa y abre una puerta secreta á la misericordia infinita.

Ved el efecto de esa divina palabra. La humanidad, considerada como relación á Dios, se rige por dos leyes: la de la justicia, que hiere y vengá; la de la misericordia, que absuelve y ama.

Jesús ha vivido bajo la ley de la justicia vengadora, bajo la ley del Jehovah terrible que no dejaba lugar en la conciencia humana para la bondad y el perdón. La humanidad inflexible se apoderaba del hierro, hería, cortaba, dividía, mataba, armada de esa falsa justicia, que se llama del talión. Tal es la ley formidable que castiga cruelmente en el mundo entero antes de Jesús. Después de él, esa ley ha cambiado: después de la palabra de perdón, por él pronunciada, un espíritu nuevo ha invadido el corazón del hombre. Somos buenos hasta la debilidad; no nos defendemos ya; bien podemos imitar á nuestro Dios, y tener para los malos un grito de piedad. En el reino de Jesús, nada de vengaza, nada de represalias, nada de muertes, nada de hierros alzados para intimidar á la bestia humana; fuerza es imitar á Jesús, y aun cuando las garras del hombre-animal penetren en nuestra carne, es preciso contener la cólera, abrirse á la piedad y no substraerse á ese efluvio del perdón de Dios.

¡Ah, Señor! bendito seais, por haber cambiado lo que era más difícil de cambiar en el hombre, habeis matado el instinto de la venganza y hecho reinar el deber de la misericordia y del perdón sin límites.

Si pronuncias la palabra del perdón hasta en el último suplicio en favor del verdugo pertenece al heroísmo

del hombre, crear en el corazón de la humanidad la ley divina de la universal misericordia no pertenece sino á Dios.

* * *

Jesús fué crucificado entre dos bandidos, ladrones ú homicidas. La segunda palabra que salió de sus labios es una palabra de conmovedor consuelo. Uno de los dos crucificados, uniéndose á la multitud, á los transeuntes, á los fariseos, á las autoridades judías, que todos á porfía insultaban al Crucificado: decía: "Si eres el Hijo de Dios, sálvanos pues, y sálvate á tí mismo;" él continuaba, hasta en la muerte, su mala vida. El otro, después de haber reprendido á su compañero de suplicio, decía, con toda la sinceridad de su alma: "Nosotros no tenemos sino lo que merecemos, nosotros; pero El! . . ."

Y entonces mirando á Jesús le dijo: "Cuando estés en tu reino, acuérdate de mí." Jesús le respondió: "Hoy serás conmigo en el paraíso."

Hermanos míos, yo no conozco otra palabra que se dirija mejor á la humanidad entera. Todos somos, en diferentes grados, pecadores. No digo yo que hayamos ejercido el bandidaje, robado, asesinado, como el que es víctima de la vindicta pública, como los que, condenados por Pilatos, escoltaban á Jesús en el Calvario; pero tenemos nuestros vicios, y somos algunas veces más culpables que los malhechores declarados, más criminales que los homicidas. Algunos matan el cuerpo; pero otros corrompen el espíritu y matan el alma. De ambos crímenes ¿cuál es el más grande delante de Dios?

Malhechores intelectuales, vosotros habeis quizá destilado en toda una generación el matador veneno. Raza de

víboras, habeis matado moralmente no á uno sino á millares de hombres. Y los corruptores, los perversos, ¿cuántas conciencias no han marchitado? ¡En cuántas familias no han sembrado la vergüenza y el vicio incurable! Ellos se cubren con su decoro de civilizados, hablan de virtud para que se crea en la suya; y aun tienen la insolencia de admirarse bajo su hipócrita máscara.

No, Señores, nada de ilusiones, nada de engaño ni de fingimiento; la conciencia humana se pliega bajo el peso de innumerables crímenes, manifiestos ú ocultos. Y, cosa extraña, los más inocentes delante de Dios son los que reconocen y publican con la franqueza y la sinceridad más grandes sus pecados y sus miserias.

Ahora, hermanos, vosotros no escapareis á la muerte; ella está allí y nos acecha. No digo yo que vayamos á ser clavados en un cadalso, pero lo seremos sin duda sobre un lecho de muerte, para lanzar el último suspiro.

¡Y bien! hermanos que me escuchais, ¿de qué teneis necesidad en esa hora trágica? ¿De qué tendré necesidad ante todos, yo que os hablo? De esperanza. Porque, en el fondo, lo que invade al sér humano cuando, próximo á la muerte se aviva en él la conciencia de sus miserias, lo que le tortura, lo que le hace imposible la salud, es una levadura de desesperación que surge de repente, que se infla en nosotros, y nosotros decimos de buena gana cuando al fin de una larga vida hemos hecho, al resplandor fúnebre de la muerte, el exámen de nuestros actos: "Dejadme, estoy demasiado lejos de Dios; que yo muera y que todo acabe!"

Es el amargo grito de los desesperados; ahora yo querría que tuvieseis, una vez por todas, vosotros que ois la palabra de Jesús, el remedio contra esa suprema angustia. Mirad al miserable sin nombre que agonizaba al lado de

Jesús; era uno de esos criminales semejantes á los de ahora, porque el tiempo, como los crímenes, no cambian nunca; las civilizaciones se modifican, pero la esencia del mal es siempre idéntica y sus frutos, de muerte, siempre parecidos.

Yo quisiera dirigirme, en nombre de Jesús, en nombre del Crucificado, que es el grande, el único consolador, á todos aquellos que son desgraciados porque son culpables —y nosotros no somos nunca absolutamente desgraciados, sino porque somos culpables—yo querría dirigirme á los que han infringido las leyes del honor públicamente, ó las que han infringido las leyes del honor públicamente, ó las de la conciencia en el secreto, á los que han sido dominados por la pasión, faltado á la justicia, faltado á la sociedad; yo querría poder decir á todos los criminales, á todos, entendeis, porque todos están en la misma vía y en la misma atmósfera del mal satánico: Quien quiera que seais, cualquiera que sea el número y el horror de vuestros crímenes, no desesperéis! Jóvenes perdidas, ¡no desesperéis! Mujeres infelices, ¡no desesperéis! Maridos encorbados bajo el peso de todas las vergüenzas ocultas, no desesperéis! Perjuros á vuestros juramentos, opresores de los débiles, traidores de la justicia, enemigos de la religión y blasfemadores de Dios, no desesperéis, porque después que Jesús ha dicho al Crucificado que estaba cerca de él: ¡Hoy serás conmigo en el paraíso! la desesperación ha sido vencida.

¡El paraíso, es Dios! El paraíso es la verdad; el paraíso es el amor eterno; el paraíso, es la fuerza infinita; el paraíso, es la perfección; el paraíso, es el reino de Dios; el paraíso, es la eterna justicia y el eterno amor!

Tal es el sueño que acariciamos en la plenitud de nuestros instintos superiores y de nuestras aspiraciones más sublimes. Tú, culpable, el paraíso es tu esperanza: Jesús te lo promete.

¡Oh hermanos! no hay más que una cosa que hacer para estar en el paraíso y ella depende de vosotros: es ese golpe de pecho, es esa vuelta en la conciencia, es esa palabra pronunciada desde el fondo del corazón, á ejemplo y con la fe del buen ladrón: Yo he hecho mal y yo recibo el castigo que debo recibir, pero tú, ¡oh Jesús, eres el inocente! Acuérdate de mí en tu Reino.

Vosotros todos los que me escucháis, oíd esta lección. Cuando sintáis vuestras faltas gravitar pesadamente sobre vosotros; cuando la desesperación parezca *estrangularos*, (?) mirad al Calvario eterno y decid á aquel que muere allí por vosotros, á Jesús: Cuando estés en tu reino.—y allí estás ahora—acuérdate de mí!

¡Oh hermanos, que pueda yo obtener de vosotros este solo grito! que yo pueda hacer oír á vuestra conciencia turbada,—yo no digo muerta, pero lo que es peor, á vuestra conciencia desesperada,—la única palabra que salva. Sí, vosotros la oireis tan bien como el ladrón del Calvario, esta palabra de Cristo: Hoy serás conmigo en el paraíso y en Dios. Este es el secreto del eterno consuelo.

Pasó, al pié de la cruz, una escena especialmente conmovedora por lo humana: el alma de Jesús se revela en ella con su delicada é infinita ternura.

En derredor de los crucificados, una bulliciosa multitud, curiosa de verlos sufrir, malebolente y malvada, se agitaba. La mayoría se burlaba, les insultaba, les amenazaba, multiplicaba las ironías, los ultrajes y las blasfemias contra Jesús.

Un poco á lo lejos, las santas mujeres que habían acompañado á Jesús en su apostolado, desoladas, mudas de dolor, le miraban sufrir.

En un momento dado, la madre de Jesús, su cuñada María, mujer de Cleofas, Juan, el discípulo bien amado y

María Magdalena, desafiando todo, llevados de una atracción invencible, se aproximaron, como para mezclar de más cerca su angustia á la angustia del Crucificado.

Jesús vió á su madre, vió al discípulo amado; su mirada reposó sobre ellos con una ternura indescriptible, olvidó sus torturas y su suplicio para pensar tan solo en los que amaba. Porque si hay un hecho que pueda aparecer como más saliente en su vida y en particular en su pasión es el olvido de su propio dolor. Desde su salida del Pretorio y su encuentro con las mujeres de Jerusalem que traducían por medio de sollozos—según la costumbre oriental—la inmensa piedad del pueblo, hasta la última hora ya para entregar su espíritu en las manos de su Padre, Jesús se olvida, á diferencia del hombre que se concentra en su dolor y no vé más que á éste mientras le estrecha y le tortura.

¡Grande lección, austera enseñanza! Nunca egoísmo, sobre todo en el sufrimiento. Vosotros todos los que lo experimentais, olvidadlo y olvidaos á ejemplo de Jesús en su Calvario: Crucificado por sus cuatro miembros, reposando sus moribundos ojos sobre el grupo de los que amaba más en el mundo, su madre, Juan su amigo, María Cleofas la amiga de su madre, y María Magdalena su convertida predilecta, su afección sin límites se extendió sobre ellos, por última vez, ante la muerte. Tuvo algunas palabras inefables, admirablemente humanas. Hizo una especie de testamento. Vosotros os transportareis allá los que habeis visto morir un sér amado y recogido su voluntad suprema.

El miró á su madre y á Juan, después dijo á su madre: Mujer, ¡he allí á tu hijo! y dijo á Juan: ¡he allí á tu madre!

Jesús viendo que la muerte le arrebatava del lado de su

madre, ha querido conjurar la muerte; y no pudiendo ser ya visiblemente el hijo de María, la dá por hijo, en su lugar, á su apóstol más amado.

Juan velará sobre ella, y es la madre de Jesús quien velará por el discípulo que él prefería. No pudiendo ya reposar sobre el pecho de su Maestro, Juan vivirá al menos cerca de la que lo ha acompañado en su vida, desde su concepción hasta su muerte; y escuchando los latidos del corazón de la madre, él percibirá allí el eco de todos los misterios divinos que traducirá al mundo en su sublime evangelio; ese evangelio que aún es el escándalo de aquellos cuyo espíritu se rehusa á contemplar las grandezas de Dios y cuyo corazón se estrecha ante sus misericordias infinitas.

Hé aquí, en su sencillez el testamento de Jesús. Nosotros, los cristianos, hemos visto allí siempre un símbolo profundo y afectuoso. Este hecho tan humano—como yo gusto de caracterizarlo—cubre en realidad un misterio conmovedor y desde el principio, todos aquellos que han sido iniciados en la doctrina de Cristo, han visto allí una gran creación de Jesús moribundo, la creación de una maternidad espiritual, universal, de que María sería el órgano, y de una filiación espiritual, abrazando á todos los discípulos de Jesús representados por Juan.

Notad, mujeres, la admirable ley de la Providencia y medid la altura á la cual ha querido Jesús elevaros en la persona de aquella que está á la cabeza de vuestro sexo y aún, después de Cristo, de la humanidad.

Es un gran misterio de la Providencia el que yo os revelo aquí. Por respetuoso que sea el auditorio que me escucha, experimento un escrúpulo. Yo no querría ver que se profanasen cosas santas, que se hallase la verdad de Dios por los que la desdennan.

¿Entonces, es preciso irse al desierto para escapar á la ligereza ó á la ironía de los hombres? ¿Es necesario convocar allí á los iniciados para decirles, en la calma de la soledad y el respeto de la conciencia, las santas verdades de que se tiene el depósito?

¡Pero no, oh Jesucristo!

Habéis querido, aceptando la crucifixión, ser expuesto ante el mundo, recibir en mitad del pecho, en vuestra divina desnudez todas las sátiras y todas las injurias: nosotros las afrontaremos con vos.

En el orden sobrenatural y divino, tal como la Providencia lo ha establecido sobre la tierra, nosotros no tenemos solamente un Redentor que nos da, que nos comunica y vierte en nosotros el espíritu y la gracia de Dios; nosotros no tenemos solamente un maestro, un Padre, tenemos una madre: se llama María. Y si ella ha sido elevada á esta función divina estad seguros que ha merecido por la gracia de Dios este privilegio divino.

Cuando ella concibió á Cristo, decía en un canto profético que es hoy el canto de toda la cristiandad, como lo era ayer y como lo será mañana: Todas las mujeres y todas las generaciones me llamarán dichosa. Ella no sabía, la humilde virgen, hecha madre por el Espíritu de Dios, que todas las generaciones la llamarían con un nombre más hermoso. Mujeres que me escucháis, ¿conocéis un nombre más dulce, más profundo, más tierno que el nombre de madre? Este nombre debía ser dado con el transcurso del tiempo, por todos los discípulos de Jesús, á María, Madre de Jesús.

En efecto, ella se ha convertido en nuestra Madre, sobre el Calvario, por medio de la íntima unión con su hijo que realmente nos engendró á la vida divina por su sangre.

Resignada á la voluntad inexorable de Dios que condenaba á su hijo al sacrificio, ella se ha identificado á su suplicio, á sus dolores, á su muerte, y su angustia, heroicamente sufrida; ha sido la condición de esta maternidad que se perpetúa á través de los siglos y que las aclamaciones de la Iglesia universal han consagrado para siempre.

Todas las almas buenas y sencillas, todas aquellas en quienes la inteligencia no ha matado al sentimiento, todos los cristianos de fe viva, á partir de esta hora, se han sentido adoptados por esta criatura bendita en cuyo corazón Dios ha vertido á torrentes la misericordia. Por mediación suya nos llegan las gracias de predilección que Dios derrama sobre la humanidad por canales misteriosos.

Podré tal vez escandalizar á los espíritus que se hallan faltos de razón, de independencia y que creen indigno del hombre el inclinarse ante esta mujer que ha sido tan grandemente exaltada por Dios mismo. Y bien, que se escandalicen.

En cuanto á los sencillos, en cuanto á los espíritus serios, en cuanto á los corazones francos y sinceros que vengan y que oigan esto. Un día, cuando no puedan más con la vida, cuando sientan agudos dolores que nada pueda curar, cuando deprimidos por la vista de sus miserias, no se atrevan á levantar sus miradas hacia Dios, ni á clamar desde el fondo del abismo; que recuerden que hay una madre divina, una mujer, que se llama la virgen María, consagrada sobre el Calvario como madre en el orden divino, y que la invoquen; serán salvados.

Yo conozco mujeres que siguiendo el carácter de esta Virgen Madre á quien se consagran, evocan su nombre. Pronunciándolo al oído de los moribundos han convertido hacia Dios á centenares de pecadores endurecidos y desesperados.

Pronunciad aun ese nombre, ¡oh mujeres predestinadas! Hermanas mías, vosotras sois los instrumentos elegidos para desempeñar visiblemente el papel invisible de María.

Vosotras sabeis vendar y curar y también sabeis que el mejor bálsamo, el que suaviza y calma siempre es el bálsamo del afecto y del corazón. Por consiguiente, cuando podais murmurar el nombre de la Madre de todos los cristianos á un oído que tenga necesidad de escuchar la verdad eterna, no vacileis, evocadlo. Y vosotros, los que os agitais en las tinieblas y en la angustia del mal, buscando en vano la luz, la fuerza y la paz, sabed que si teneis un padre que vele sobre vosotros y un mediador que os ha amado hasta la muerte, teneis también á su madre,—la vuestra—que os escuchará siempre y tenderá su bendita mano, para llevaros hacia Dios y hacia Cristo.

* * *

La cuarta palabra de Jesucristo en la cruz es una palabra de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?"

Es el principio de un salmo, salmo profético que traza con caracteres de fuego el dolor indescriptible de Jesús crucificado.

En efecto, hermanos míos, no es posible imaginar, soñar, concebir un dolor semejante al que ha invadido al alma de Jesús en las tres horas de su crucifixión; fué puesto en la cruz hacia el medio día y exhaló el último suspiro á las tres; estos son los términos precisos de los Evangelistas.

¿Cuál fué pues el dolor de Jesús? Yo sé que muchos cristianos, y yo lo he oído repetidas veces, dicen: "Puesto que Jesús era Dios, ¿qué podía ser para él el dolor?"

Cuando si es Dios, no se sufre; y puesto que él era Hijo de Dios, no debió sufrir; si ha sufrido, su dolor debe de haber sido inundado por la beatitud infinita de su divinidad.

Tal razonamiento reposa sobre la idea radicalmente falsa de que Jesús no tenía de humano más que la apariencia, que no era hombre de carne y hueso, dotado como nosotros y más que nosotros de una sensibilidad exquisita.

Jesús era Dios, sin duda, pero era igualmente hombre. La naturaleza humana y la divina estaban unidas en su persona, sin confusión, y ambas conservaban intactas sus propiedades esenciales. Dios es impassible, pero el hombre es pasible y la unión de la naturaleza divina á la humana de Jesús, no solamente no impedía el dolor de la naturaleza humana, sino que le daba alguna cosa de infinito.

En efecto, una naturaleza tiene capacidad de sufrir tanto más grande cuanto su sensibilidad es más delicada. Ahora, la unión de la naturaleza divina á la naturaleza humana no solamente no quitaba nada á la sensibilidad, á la sutileza de ese sér, sino que la aumentaba infinitamente; es decir, que se convertía por esto en un sentimiento más perfeccionado para comprender, para amar, para querer, para sentir y para sufrir.

El hombre no es divisible; sus facultades psíquicas son solidarias, la atenuación de la una es algunas veces con detrimento y otras con ventaja sobre las otras; así un hombre desprovisto de inteligencia sufre poco y vosotros habeis notado frecuentemente la impassibilidad de ciertas naturalezas hercúleas en las que el músculo lo es todo. ¿Habeis, por el contrario, observado la sensibilidad particularmente refinada y sutil de los séres inteligentes? Es suficiente una palabra para herirlos y para torturarlos. ¿Por qué? Porque siendo más inteligentes, comprenden